

GEMELLI CARERI EN NUEVA ESPAÑA

Javier Dávila

Universidad Nacional Autónoma de México

La llegada del galeón de Manila a Acapulco no era un acto único, como el gesto de cruzar con un paso un umbral y encontrarse en otro sitio, sino una sucesión de actos despaciosos. Desde la cubierta, los viajeros exhaustos miraban el puerto días enteros antes de acabar de fondear. Ya en la orilla, las operaciones de amarre se podían llevar un día y aún entonces no era posible desembarcar enseguida, pues primero las autoridades debían abordar para revisar la carga y a los pasajeros.

Como sabemos, la ruta del Pacífico era propiamente comercial y administrativa. Sin embargo, uno de los comerciantes que el 20 de enero de 1697 bajaron del galeón de Manila, Juan Francisco Gemelli Careri, no era un mercader común, sino un hombre que desde hacía cuatro años le daba la vuelta al mundo. Era un viajero y, como se ha dicho repetidas veces, un turista, el primer turista occidental.¹ La denominación suena chocante a la primera; sin embargo, a poco de leerlo constatamos que lo que sobresale de su forma de estar en el mundo es más propia de un viajero despegado que mira a los demás curioso, pero escéptico. Es también un utilitario que se fija en funcionalidades: un camino llano y fácil o una montaña escarpada, una posada mal atendida o una habitación capaz; y es un observador de la arquitectura con un gusto repulido y avezado. Se pasea, prueba la comida de los lugareños, va al teatro.

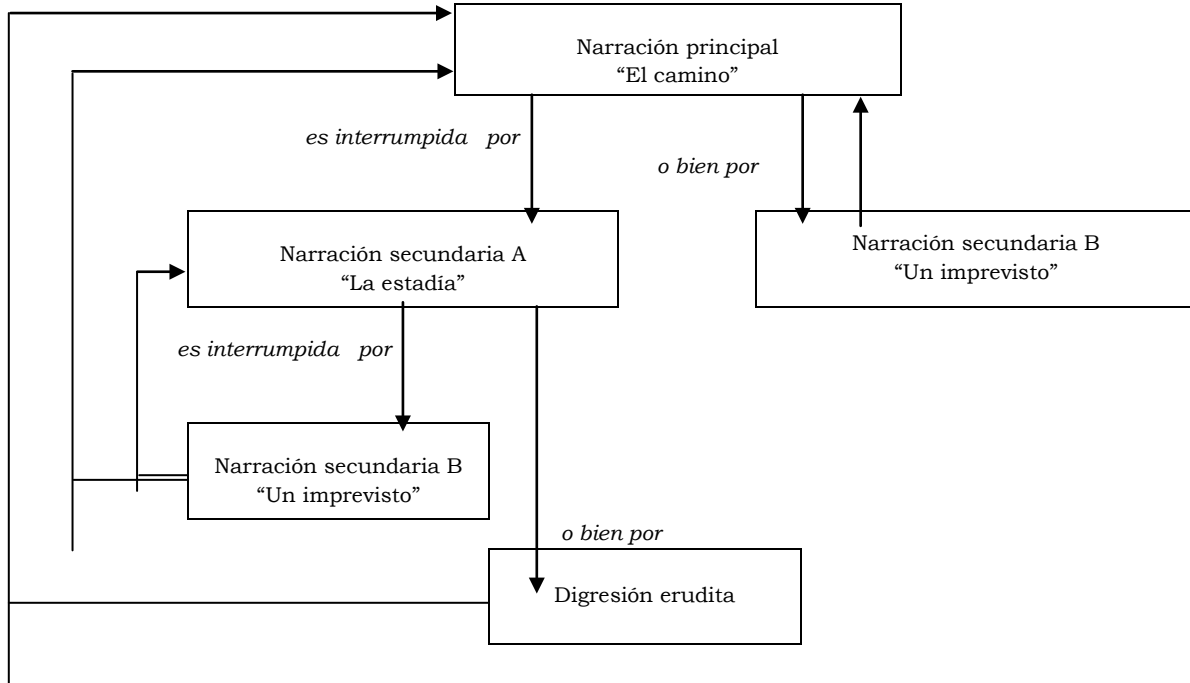
En los seis volúmenes de su *Giro del Mondo*, Gemelli, aunque le da por contar hasta minucias, poco refiere en concreto sobre sus medios de vida ni sus actividades lucrativas, salvo por recomendaciones y notas diri-

¹ He tratado en vano de encontrar la fuente original de esta afirmación tan repetida, sin dar con ella. Acaso el primero que la pronunció fue el Abate Prévot, *Histoire Générale des Voyages*, La Haya, 1747-1762. La referencia exacta es al libro 7, capítulo XI, "Vooyage du Docteur Jean-François Gemelli Careri à la Chine, 1695".

gidas al lector que quisiera seguirlo y por la declaración, con que habitualmente inicia los volúmenes, sobre las mercancías más preciadas en los mercados que va a visitar a continuación. Más bien, lo que hace es contar el camino, interrumpiéndose, por decirlo así, con las etapas que cumple en cada jornada. Su obra es un diario de viaje. A estos dos estratos narrativos, el del viaje en sí y el de las estadias, se suman otros dos, a saber, digresiones eruditas sobre cuestiones históricas, políticas, sociales, religiosas, etc., del lugar, y hechos repentinos que cortan el discurso: se trata de acontecimientos que llaman súbitamente la atención de Gemelli, el cual hasta ese momento se ocupaba de referir otros sucesos, quizá anodinos. Por ejemplo, en la anotación del 19 de marzo de 1697, ya en la ciudad de México, cuenta que oye misa en la Merced, por el día de San José. La iglesia —nos informa— tiene altares riquísimos y techos dorados. Encuentra el convento ordinario, pero a cambio, señala que caben muchos religiosos. Entonces, al salir, topó de pronto con la Sagrada Eucaristía, que un sacerdote llevaba del Arzobispado a un enfermo, en una carroza tirada por cuatro mulas. En un instante, la narración de la Merced se interrumpe y cambia el ritmo y el enfoque, que ahora se centra morosamente en el avance de la carroza. Gemelli comunica con gran vigor el momento: imaginamos la detención de todos para ceder el paso a la solemnidad de la carroza. Los cascos de las mulas golpean el empedrado. No sabemos quién sea el enfermo, pero tenemos la certeza de que está de muerte y necesita el auxilio que le lleva ese sacerdote reconcentrado, que tal vez alcanza a detectar una presencia desconocida y nos atisba con el rabillo del ojo.

Son momentos a la vez de cercanía y de extrañeza. Es la mirada de un forastero sorprendido con algo que acaso pasa por ordinario para los lugareños. Por consiguiente, son también momentos de conocimiento, en los que, a través de esa mirada, nos vemos a nosotros mismos y sabemos un poco mejor quiénes somos. Es uno de los aspectos más interesantes de la obra de Gemelli.

Entonces, la narración de Gemelli Careri se organiza en cuatro estratos, los dos primeros interrumpidos por los siguientes. Veamos un esquema.



Lo que se narra es el camino. El resto son prendas que adornan el relato y que garantizaban la veracidad de la narración del camino.

Como viajero, este abogado de Calabria tenía un espíritu inquieto, poco sedentario, con la mirada puesta en el futuro que representaba la siguiente etapa. Por eso, el camino no es sólo el que empujaba bajo sus pies, sino el que tomaría en el siguiente recodo. Por eso, la Nueva España no se levantó sobre el horizonte de Gemelli a finales de diciembre de 1696, al cruzar los 23 grados de latitud, frente a las costas de California, sino meses antes en Manila, cuando se embarcó en el galeón *San José*.

Por algún motivo, lo que escucho constantemente en mi cabeza es el crujir de las maderas tensas y sofocadas. Quizá estoy demasiado lejos y el galeón de Manila, el *San José*, con ser tan pequeño para los parámetros actuales, de todos modos es bastante grande

como para llevar 200 viajeros y toneladas de carga en su laberinto. Apenas si aguzo la mirada, sólo entonces, veo personas.

Hay una como línea que separa a la masa común de los personajes; como siempre, a los privilegiados de los desposeídos. Pero por ahora lo que interesa es saber que están juntos sin remedio y, salvo por la defeción de los muertos que sepultan en el mar, cumplirán muchos meses juntos: doscientos cuatro días y cinco horas en el Pacífico, en la ruta altísima que siguen tenaces, buscando vientos que los lleven a Acapulco. Ése es el nombre de la voluntad concentrada de 200 personas: Acapulco.

“Puede decirse que la más terrible y larga navegación es la que va de las Filipinas a América”² —dice Juan Francisco Gemelli Careri— y enumera: primero, se atraviesan mares inmensos, casi de la mitad del mundo. Los vientos que se encuentran son contrarios y las tempestades, increíbles e inacabables. Enfermedades mortales sobrevienen por la simple largura de un viaje de siete y ocho meses.

El tornaviaje demoraba tanto porque los vientos favorables están a mayor latitud. El viaje de Acapulco a Manila se hacía sobre los 10 a 14 grados y era prácticamente recto, siempre con viento en la popa. Recorría algo más de dos mil leguas y llegaba en menos de dos meses. Pero al regreso había que subir a más de 22 o 23 grados para tratar de recoger vientos favorables, no siempre con buen éxito. No era extraño pasar de los 30 grados y Gemelli registra, por citar nada más que un ejemplo, 37 grados el miércoles 17 de septiembre de 1696.³ Se navegaba cientos de leguas más y se tardaba por lo menos el doble en avizorar las tierras de su destino. No era el recorrido habitual de los viajeros europeos, que cruzaban el Atlántico y entraban por Veracruz.

² *Giro del Mondo del dottor D. Gio Francesco Gemelli Careri*, Nápoles, Giuseppe Roselli, 1700, Vol. 5, p. 255. La obra completa abarca seis volúmenes que se publicaron sucesivamente entre septiembre de 1699 y febrero de 1700, en Nápoles. Nosotros nos ocuparemos únicamente del final del volumen 5 y de casi la totalidad del volumen 6.

³ *Giro del Mondo*, v. 5, p. 301

El viaje se pasaba en una extraña monotonía en la que casi todo el tiempo corría peligro la vida. En esta parte,⁴ el diario de Gemelli es, más que una crónica, un cuaderno de bitácora y casi una letanía de jornadas que se cumplen prácticamente en blanco: “El lunes 22 continuó, como la noche precedente, un ábrego muy fuerte [...] el martes 23, antes de amanecer, [sopló] el tramontana con tal fuerza [que] no permitía cocinar. Se observó el sol a 36 grados...” “El miércoles 24 continuó el fuerte tramontana [...] se observó el sol a 35 grados...” “Jueves 25 [...] observado el sol, se vio que había perdido altura.” “El viernes 26 una lluvia intensa mitigó el viento...” “El sábado 27 se fue primero a greco tramontana y luego a levante y siroco levante con gran lluvia.” “El domingo 28 siguieron los truenos y la lluvia [...] Observado el sol, se encontró en latitud de 36 grados...” “Se serenó el cielo el lunes 29. Apareció luminoso el sol para alegrar el corazón de los pasajeros...”⁵ La trayectoria que sigue el galeón, más que una curva suave y continua por la joroba del mundo, que subiera por Japón y bajara por California, es un meandro entre las ondas, una línea quebrada como una resquebrajadura en el jarrón viejo del planeta. El barco avanza casi sólo por el deseo de sus moradores y no pocas veces, desesperadamente, es llevado por el viento en el sentido opuesto, en una lucha del mundo contra la voluntad.

Poco hay que espabile los ánimos romos de los viajeros, y lo que cambia, cambia para peor. Gemelli, a modo de ilustrar su punto, compara las penalidades que aquejan a los viajeros con las plagas que cayeron sobre Egipto: a la lepra de los egipcios, le opone la roña de los viajeros; a los mosquitos, gorgojos criados en el pan; a la plaga de langostas, insectos de varios colores que chupan la sangre. Hasta la vara de Moisés que se convierte en serpiente tiene un símil en el tasajo cada vez más duro con el que tienen que alimentarse.

⁴ El viaje de Manila a Acapulco ocupa la totalidad del libro tercero del quinto volumen del *Giro del Mondo*.

⁵ *Giro del Mondo*, v 5., pp. 306-307.

Este problema de las plagas alcanza grados que detienen el aliento. Con cada bocado de pan había que deglutir gusanos y gorgojos. Los gorgojos eran rapidísimos para moverse y para reproducirse. Infestaban el barco, las camas, los platos. Mordían la piel. En el tazón del caldo —dice Gemelli—⁶ caían moscas sobre diversos gusanitos que bullían en el líquido. Un desayuno ordinario podía consistir en un pescado rancio cocido en agua con sal (si las condiciones permitían encender algún fuego). Para el mediodía, frijoles mongos atestados de bichos que sobrenadaban abundantemente en el potaje. El tasajo era tan duro, que había que golpearlo largo rato con una madera, propiamente tan dura como la carne. Al final, tomaban un poco de agua con azúcar. También recibían un pequeño coco que avivaba la sed, antes que apagarla. Apenas las viandas dulces se conservaban lo suficiente. El resto, tarde o temprano se podría.

Desde la distancia, repitámoslo, se aprecia una como línea que separa a la masa de los privilegiados. Si los relativamente acomodados como Gemelli pasaban estas penalidades, difícilmente pueden imaginarse las vicisitudes de los otros, de quienes el autor no se ocupa. En el microcosmos del galeón se revela la primera característica de la visión del mundo de Gemelli, tan propia del antiguo régimen, a saber: que la masa es una y no importa por sí misma, sino apenas en cuanto entra en relación con los acomodados. No sabemos nada de los pobres abordaron, cuántos habrán cumplido el viaje y cuántos alimentaron a los peces del fondo del mar o a los eternos tiburones que no parece que se despeguen nunca del galeón. Tampoco sabemos, por ejemplo, si Gemelli, en oficio de comerciante, traía más esclavos, aparte del único que menciona al llegar a Acapulco.

Pero nos adelantamos. Estamos a la mitad del Océano Pacífico en el otoño de 1696 y el galón de Manila busca vientos que lo lleven a la Nueva España. Ni qué decir que abordado hay poco para divertirse. Gemelli considera digna de anotar en su cuaderno una discusión sobre si los tiburones son ovíparos o vivíparos. Siempre hay misa, pues no faltan sacerdotes. Se

⁶ *Ibid.*, 308.

rezan novenas a nombre de los pilotos y sus ayudantes, las cuales terminan en merienda común y, a veces, con improvisación de bailes y comedias. Junto a las muestras de devoción nos tocan diversiones que hoy consideraríamos brutales, como atar un madero a la cola de un tiburón, para que no pueda sumergirse, o dejar amarrados a dos de estos animales.⁷

Siete meses en el Pacífico y, de pronto, el buen augurio de las luces de San Telmo sobre el trinquete, vistas por tres veces. Aparecen las llamadas *señas* de tierra firme: un tronco labrado sobre las ondas; un ganso. Se cruzan apuestas sobre cuántos días faltan. Los pilotos anuncian 90, 70, 60 leguas por avanzar. Pero el domingo 25 de noviembre ya habían recorrido más leguas de las que pensaban que faltaban. Ese día se desató un temporal al que debieron hacer frente 12 marinos arracimados sobre el timón.

Con diciembre llegó la muerte del primer marinero, que fue arrojado prontamente al mar.⁸ También llegaron nuevas señas de tierra: una hierba de río, arrancada quizá por la fuerza de la tempestad y lanzada mar adentro. Más señas: un pez lobillo, propio de aguas costeras, y luego otros, junto con nuevas hierbas. Todavía estaban lejos, y el error de cálculo de los pilotos era de más de 200 leguas. El día 7 hubo otro muerto, enviado al mar tras su compañero.

Las señas de tierra marcaron la toma de poder simbólica de los marineros, que instituyeron una Audiencia de las Señas. Ese mismo día 7, alzaron palio y se declararon en sesión. Se “juzgó” muy duramente a diversos pasajeros, que fueron condenados a muerte, pero enseguida la pena se conmutaba por un pago en especie: dinero, vino, chocolate, cosas dulces. Quien no hacía el pago o no ofrecía una promesa convincente, era azotado a una señal del presidente, investido con algún atuendo ridículo.

⁷ *Id.*, 292.

⁸ *Id.*, 322

Gemelli fue acusado y encontrado culpable de comer demasiado pescado, aunque no sabemos qué dio en prenda de su vida.

Más señas: una hierba larga y “extravagante” y, por fin, el viernes 14 de diciembre vieron la Isla de Santa Catalina, de la que sabían que estaba a doce leguas de tierra firme. El sábado volvieron a ver tierra y el mar tenía la calma propia de las costas. Se instalaron de nuevo los cañones en su sitio. Los viajeros renovaron sus esperanzas de salir con bien de la travesía, pero a la noche murió uno de los pilotos, un hombre corpulento del que no se hubiera pensado que no llegaría a tierra. Lo velaron y lo echaron al mar al día siguiente. Horas después sucumbió otro marinero y al otro día, antes de las cinco de la tarde, el capitán de mar y guerra murió de beriberi. La hora de la llegada era una carrera contra el tiempo. Después de tanto, dos enfermedades en particular amenazaban a los viajeros: el beriberi y escorbuto. “El antídoto más poderoso es poner pie a tierra.”⁹

Avizoraron nuevas islas: la de Cenizas, de Guadalupe, de los Cerros. Por fin cruzaron a zona tórrida, en los 23 grados, y comenzaron a sentir calor. La tierra ya era continental. Miraron el Cabo de San Lucas y empezaron a costear rumbo al sur. Les repartieron mosquetes para defenderse de piratas. La latitud seguía disminuyendo, 22, 20 grados. Aunque las corrientes de la costa alejaban el galeón, casi nunca perdían de vista las costas de Nueva España. Vieron pasar serpientes pequeñas y coloridas, arrojadas también por las corrientes que bajaban de cerros, que a Gemelli le dicen que son ricos en menas de oro y plata.

Entonces llegaron las calmas. El poco viento que recogía el galeón apenas le permitía avanzar. Del 7 al 17 de enero de 1697 el avance fue desesperantemente lento y aun tuvieron viento en contra.

El domingo 18 quedaron a la vista del puerto de Acapulco. El piloto mayor sufría beriberi y escorbuto y corría peligro su vida. Francisco Mecca, el castellano del puerto, envió una piragua con comida fresca.

⁹ *Id.*, 533.

Por fin, el sábado 19 entraron por la boca del puerto y tocaron fondo a las cinco de la tarde. Se pasó la noche en maniobras de amarre. La mañana del domingo 20 los navegantes se abrazaban extenuados, con los ojos arrasados de lágrimas, felices y agradecidos de haber llegado a tierra. Habían salido de Manila el 22 de mayo de 1696. Después de la visita de los oficiales, se bajó a tierra la imagen de la Virgen y se llevó a la parroquia. Gemelli acompañó a la imagen, pero con el argumento de no dejar sus cosas libradas a la negligencia de su esclavo, regresó en la noche a dormir en el barco, su casa. Sobre la costa, desde días atrás miraba los altos cerros que le advertían sobre lo que faltaba de su jornada, la subida a México. Pero no se fue enseguida, sino que pasó en Acapulco todo el mes de la feria.

Al llegar a Acapulco, cuando los oficiales reales conocieron la relación de viaje de Gemelli Careri, le hicieron mil cortesías y ofrecimientos.¹⁰ De ser cierta esta afirmación de Gemelli, sorprende y hace pensar, pues al menos en la teoría, no era fácil para un extranjero introducirse en la Nueva España, ya no se diga comerciar.¹¹ Varias serían las explicaciones. La primera, el carácter comercial de Gemelli, que llegó al continente con una carga de mercurio por la que obtuvo una ganancia de 300%. Entre el 20 de enero de 1697 y el 18 de febrero siguiente, las anotaciones de su crónica prácticamente no hablan de actividades mercantiles. Va a venderle un negro al contramaestre del almirante, pero no sabemos de dónde procede el esclavo; quizá lo había comprado en la feria. Otro día, discute con un comerciante peruano que quiere cerrar un trato a toda costa. Tiene un estilo de negociar distinto al dulce y cordial de los novohispanos y le causa a Careri un fuerte dolor de cabeza.

¹⁰ *Id.*, 353.

¹¹ Entre numerosas fuentes, señalo una obra imprescindible: Jonathan Israel, *Razas, clases sociales y vida política en el México colonial*. trad. de Roberto Gómez Ciriza, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

No nos dice más de sus actividades, a pesar de que estamos avisados por el mismo¹² de que compraba lo que sabía que se vendería en la siguiente etapa de su viaje. Gemelli se reduce a pintar el lugar. Acapulco es, más que ciudad, un caserío habitado por negros y mulatos. Sólo cuando llegan naves de Perú y China se convierte en toda una ciudad y las cabañas de los negros pasan a ser ocupadas por gallardos españoles. Acaso piensa ya en qué podría interesar a sus lectores. Comoquiera que sea, apunta datos preciosos que no tenemos en otras fuentes. Así, vemos cómo al terminar de descargar los mozos lugareños representan un funeral en el que uno de ellos hace de muerto, no sé si para representar el fin del trabajo o el agotamiento que habrá producido, y conocemos a otro italiano, un genovés que mendiga el sustento haciendo juegos de manos en las fiestas de los señores.

Otra explicación del éxito de Gemelli, esta vez frívola, parece estar en sus dotes de charlista. En Cádiz, hacia el final de su viaje,¹³ vemos cómo es solicitado por la aristocracia local, deseosa de nuevas del mundo y en particular de América, y a lo largo de los primeros volúmenes lo vemos encontrar ingeniosamente el medio para colocarse en la sociedad. Una más, que el propio calabrés recomienda, es la capacidad de practicar curaciones y pequeños procedimientos quirúrgicos. Aunque el autor sea tan discreto en esta materia, es patente que el conjunto de sus habilidades y de su personalidad le abrió numerosas puertas, y no de las más bajas. El propio virrey de Moctezuma lo sentó a su lado, cuando ya estaba por despedirse, y “durante más de una hora” le preguntó cosas de China.¹⁴

Que seguramente comerció en la feria de Acapulco se desprendería del dato general de que compraba los artículos que mejor se vendían en la siguiente etapa y de un detalle: cuando su anfitrión el castellano del puerto, Francisco Mecca y Falces le insiste en que se vaya a Lima, donde

¹² Véase, por ejemplo, en el volumen 1, libro 1, las referencias a su método. Véase también Ferdinand Braudel, *Civilization and Capitalism*, trad. de Sian Reynolds, Berkley, Los Ángeles, University of California Press, 1992, vol. 1, p. 169. Véase *infra* aquí mismo.

¹³ *Giro del Mondo*, 6.

¹⁴ *Giro del Mondo*, v. 6, pp. 216-217.

seguramente el virrey le dará una alcaldía, Gemelli le contesta que ya quiere volver a Europa. Es el 13 de febrero y, a pesar de sus ansias de regresar, aún esperó a que se terminara la feria. Sin duda, tendría asuntos que arreglar. Más adelante, cuando está a las puertas de la ciudad de México, en San Agustín de las Cuevas, dejó en la misión de China ciertas cosas, que “podrían resultar embarazosas en la aduana”.

Tampoco olvidemos que Gemelli sentía una debilidad por los espectáculos. Todavía presencié unas carreras de parejas de caballos corrdos por negros, mulatos y mestizos locales, antes de emprender el ascenso a la ciudad de México, y lo veremos frecuentar las comedias teatrales, de las que suele quejarse por malas, pero de las que nunca acaba por prescindir.

Con la ascensión, el viajero se adentra también en unas tierras que son menos cosmopolitas y mezcladas que en la costa. Son tierras de indios que, como supo después por Sigüenza, vienen de la estirpe de Neptuno.¹⁵ Por eso la jornada mexicana de Gemelli está signada por el agua: del Mar Pacífico al Atlántico, entre Acapulco y Veracruz, Gemelli recorrió bajo la lluvia unos caminos que lo llevaban, cada vez más alto, a una laguna.

Gracias a la acuciosidad de Gemelli conocemos las minúsculas ventas y posadas que articulan la ruta entre el puerto y la ciudad y nos enteramos de naderías, miserias y pequeños deleites. Aunque a veces traicionados, oímos nombres que todavía nos pertenecen: la Hostería de Attaxco. Chilpancingo, donde hay habitación, leña y cama y donde las muchachas, para suavizarse el cutis y defenderlo del frío, se emplastan una flor amarilla macerada. Zumpango (un caserío en una cañada). Amacuzac, Aguaguezingo, Cuchitepec, Cuernavaca, Tlaltenango, Huiztilac (la del buen pulque).

El sábado 2 de marzo de 1697, en medio del viento y la lluvia, llegó al valle y entró en la ciudad por una calzada sobre la laguna. Sus dos primeras impresiones de México son exactamente utilitarias: que los oficia-

¹⁵ Para las palabras del propio Sigüenza, véase el “Prólogo III” al *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe*, México, Viuda de Bernardo de Calderón, 1680. Sin embargo, Gemelli cita como fuente de este aserto una obra distinta de Sigüenza, la perdida *Ciclografía; Giro del Mondo*, vol. 6, p. 72.

les de la aduana examinaron apenas el primero de sus baúles y que fue a dar a una hostería de pésimo servicio.

La ciudad a la que llega Gemelli (México para los españoles, Tenochtitlán para los indios) está a 19° 40 minutos de latitud, en un valle casi plano, de 14 leguas españolas de norte a sur, 7 de largo y 40 de circunferencia, pero si se mide desde los montes que la rodean, daría 70 o 90 leguas. Al oriente del valle hay una laguna en la que desembocan varios ríos. Se extiende al sur hasta Texcoco.

Metódico, el italiano se demora en datos geográficos y topológicos. La ciudad está en un llano casi perfecto, en la laguna. Por la falta de solidez del terreno, las construcciones están medio enterradas y los cimientos se hacen muy sólidos. Es cuadrada y parece un damero, en virtud de sus calles largas y rectas.¹⁶ Se ve la tierra hacia los cuatro puntos cardinales. El circuito es de dos leguas. Se entra por cinco calzadas, que son avenidas terraplenadas sin muros ni puentes: la Piedad, San Antonio, Guadalupe, San Cosme y Chapultepec. Dice Gemelli que ya no existe (en 1697) la calzada por donde entró Cortés.

Si por la belleza de los edificios y los ornamentos de las iglesias México compite con las ciudades de Italia, por la belleza de sus mujeres, las supera. Las mexicanas se inclinan por los europeos (a los que llaman *gachupines*) y prefieren casarse con ellos, aunque sean pobrísimos, que con criollos ricos, los cuales se hacen amantes de mulatas, de las que mamaron no sólo la leche, sino también las malas costumbres. Por eso los criollos odian de tal manera a los europeos, y cuando los ven por la calle, hacen escarnio de ellos. Ha habido españoles recién llegados que montan en cólera y sueltan pistoletazos. Los criollos llegan al extremo de odiar a sus padres, si son europeos. Por si fuera poco, los españoles llegan a amasar grandes fortunas a partir de “pequeños principios.”¹⁷

¹⁶ Cf., entre otros, Francisco Reyes de la Maza, *La ciudad de México en el siglo XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

¹⁷ *Giro del Mondo*, v. 6, pp. 162-165.

Pero criollos y españoles son la minoría de la población. En México hay unos cien mil habitantes, la mayor parte negros y mulatos, por tantos esclavos. Como el poder y el dinero están en manos de los eclesiásticos, los europeos no encuentran modo de establecerse, no se casan tan fácilmente y, en última instancia, ellos mismos se hacen religiosos. Por esta causa, hay en la ciudad 22 conventos de monjas y 29 monasterios, que son abundantemente ricos. En pocas palabras, México es una ciudad demasiado pequeña para tantas iglesias. La pura catedral mantiene nueve canónicos; cinco dignidades (diácono, archidiácono, maestrescuela, chantre y tesorero), seis racioneros, seis medios racioneros; un secretario mayor, cuatro curatos electos por el virrey, doce capitanes reales nombrados por el capítulo y otros ocho, lorenzanos. En total, la iglesia metropolitana se gasta más de 300,000 piezas de ocho, además de los gastos generales.

El clima es templadísimo todo el año; la mayoría de las veces se siente al mismo tiempo frío a la sombra y calor al sol, una experiencia de la que hoy, más de tres siglos después, seguimos dando fe. El aire en sí no es malo ni extremoso, aunque los habitantes son delicados y se quejan del frío, sobre todo en la mañana, y del calor de marzo a fines de julio. De julio en adelante, las lluvias lo calman, como en Goa, ambas en zona tórrida. Los indios llaman frías a las noches suaves de noviembre a febrero. En cambio, para los europeos, no tan delicados, les parece bueno el clima.

Precisamente por estas las lluvias, las tierras dan tres cosechas por año: la de riego, la de temporal y la aventurera (poco segura). Se siembra el maíz entre marzo y mayo. México es, pues, una ciudad excelente en cuya plaza se encuentran todo el año flores y frutos de todas las especies.

Como vimos, Gemelli tiene la peculiaridad de concentrar súbitamente su narración en un hecho intempestivo. Interrumpe su relato general con la súbita aparición de una escena particular, densa de significado. Entre lo primero que me impresiona de su estancia en la ciudad de México está su encuentro casual con el virrey de Moctezuma. El italiano

había ido a palacio —nos informa como sin mucho interés— a oír la “causa de su amigo Antonio Gómez”. En un pasillo se topa con el virrey, que iba a la Sala del Crimen. Sobra decir que no estaban solos. El virrey no iba solo a ningún lado. El propio Careri habría estado con un esclavo y uno o más de sus anfitriones. Pero el cuadro está narrado como si hubieran cruzado su camino en la mayor soledad. Tampoco nos dice el autor que hubieran hablado nada. Podría uno reconstruir lógicamente la escena y ver pasar, más que al virrey, a un grupo de notables al que Gemelli y su propio grupo le ceden el paso. Pero sin duda porque los tres somos nuevos en esa ciudad (el virrey, el narrador y yo), me formo un cuadro en la que los tres estamos solos: miro a Gemelli que mira al virrey de Moctezuma, que es feo y que mira al viajero de soslayo, por causa de su estrabismo.

Circulaba todavía la anécdota de la caída del virrey. Apenas unos días atrás, en febrero, mientras Gemelli comerciaba en Acapulco. El virrey entró en la ciudad y al querer descabalar frente al arco triunfal que le habían levantado en Santo Domingo, se cayó, con tan mala suerte que perdió la peluca. La historia es de lo poco que comparten Gemelli y Robles. En esta ciudad, tensa como arco por las diferencias entre españoles y criollos (“los hijos criollos odian a sus padres porque son españoles”, dice el visitante),¹⁸ la anécdota debe haber puesto a reír a todos. Gemelli explica el accidente diciendo que el virrey se cayó por ser un letrado, poco hecho para montar a caballo, que seguramente no era lo que se decía el común de la gente. Robles, más parco, sólo avisa que lo tiró su montura “y se le cayó la cabellera”.¹⁹

Ese virrey es al que mira Gemelli, quien se detiene para dejarlo pasar. Lo que parece decir el italiano es que el virrey encarna completamente el poder y la majestad del rey de España. Lo ve por un instante como se proyectaba la imagen real en los mexicanos, pero en el siguiente momento lo ve distanciado y, pese a la anécdota chusca y reciente de la caída del

¹⁸ Véase *infra*, lo que encontró Gemelli en cuanto a la conformación étnica de los mexicanos.

¹⁹ *Diario de suceso notables*, México, Porrúa, 1972, p. 58; entrada del 2 de febrero de 1697.

caballo, Gemelli se sentía demasiado impresionado por el poder como para no quedarse congelado a la vista de una de sus encarnaciones.

Las diversiones públicas de la ciudad son pocas. Los toros son amabilidad muy gustada. También las comedias del Coliseo,²⁰ que, sin embargo, son malas en general y alguna tan mala que Gemelli hubiera dado el dinero de la entrada, dos reales, por no verla.²¹ La explicación sigue dos líneas: por un lado, no se representan obras de autores españoles de calidad y, por el otro, los europeos consideran impropio de su estado subir a las tablas. Los novohispanos se dedican sobre todo a sus negocios, de modo que no siempre están disponibles para entretener al viajero, quien se va entonces al teatro.

Otro día, domingo 28 de abril, fue al canal de Jamaica. Cuando la gente quiere divertirse, va al canal de Jamaica, donde se pasea en barca o a pie. Cuenta Gemelli que hay muchos músicos y cantantes, hombres y mujeres, que compiten por resaltar la perfección de su canto. Debe de haber sido un espacio muy bullicioso. Las orillas están salpicadas de casas de indios pobres y hosterías para tomar chocolate, atole y tamales, que probó y no le parecieron malos. Explica la hechura del nutritivo atole; con la pasta que queda se hacen tamales. El 1° de mayo fue a Jamaica y también el siguiente domingo, día 5. El lunes, 6 de mayo, su anfitrión Miguel de Iturrieta lo invitó a un paseo con su esposa y su cuñada, en Jamaica. Sin embargo, el día 23, que también fue a Jamaica, lo encontró casi desierto: todos se habían ido a la Alameda, adonde también fue la virreina el día siguiente, día de San Juan, cuando toda la gente competía por vestirse mejor y pavonearse entre la sombra de los árboles y los murmullos de las fuentes.²²

Gemelli era también afecto a la cacería, una destreza que lo sacó de más de un apuro en sus largos viajes. Ahí donde va, cobra alguna pieza.

²⁰ Gemelli no lo llama por este nombre, pero lo sitúa correctamente en el Hospital Real y lo considera de regular tamaño.

²¹ Acto seguido, consigna para la posteridad el nombre de la pésima comedia, *La dicha y desdicha del nombre*.

²² *Giro del Mondo*, v. 6, pp. 175-176.

Por ejemplo, en el paseo que acabamos de citar con su anfitrión y dos damas de la familia, “mató muchos patos”.²³ La semana del 26 de julio se fue de partida de caza. Antes, el 18 de mayo pidió autorización para subir a la ermita de los padres carmelitas descalzos. El camino fue largo y difícil, y tuvieron que esperar media hora en la puerta, pues la ermita está todavía media legua más adentro. El lugar está completamente apartado y dentro de sus amplios muros hay leones, ciervos, conejos y tigres que llegan libremente hasta las ventanas del convento. Incluso ahí, Gemelli tuvo la infeliz idea de matar un ciervo, lo cual produjo una gran contrariedad entre los padres.

Gemelli comparte cierta visión esotérica de las antigüedades mexicanas, que entre nosotros era tan popular por las obras de Kircher. El italiano dedica todo el capítulo cuarto a hacer un símil entre la monarquía indiana y la bestia del Apocalipsis (“como algunos la han tomado”). Se basa en *El repertorio de los tiempos* de Enrique Martínez para hacer el cálculo numerológico de los nombres de los reyes aztecas que despliega en unas tablas y llega, como era fácil anticipar, al número mítico 666.

A falta de letras, los antiguos mexicanos usaban símbolos y figuras (“jeroglíficos”) y, como otros pueblos, seguían el año de 365 días de los egipcios. Gemelli compara los ideogramas mexicas con la escritura egipcia, de lo que desprende la gran similitud del cómputo del tiempo. Pero la estirpe de los mexicas no se queda en las orillas del Nilo, porque los antiguos mexicanos remontaban su origen a Neptuno (al que llamaban Teucipactli).

Los mexicanos tenían una especie de jubileo cada cuatro años, en 19 de mayo. Cuenta Gemelli el sacrificio de un esclavo, al que cinco sacerdotes sostenían por las extremidades y la cabeza, mientras otro le arrancaba el corazón palpitante y lo arrojaba al rostro del ídolo. Cuenta también que antes, el esclavo era “engordado” y tratado como un dios, alimentado opíparamente y atendido por jóvenes hermosas.

²³ *Ibid.*, p. 156.

En estas noticias se adivina la amplísima cultura prehispánica de Carlos de Sigüenza y Góngora. Se conocieron, informa Gemelli, el sábado 6 de julio, cuando el calabrés fue al Hospital del Amor de Dios a conocer al sabio, “porque desde hace mucho quería conocerme”. Se hicieron amigos, dice Gemelli y acaso habrían hecho juntos algunos de sus recorridos en la ciudad de la laguna, por ejemplo, cuando visitó las ruinas del Templo Mayor. Sigüenza le regaló un ejemplar de la *Libra astronómica y filosófica* y le facilitó ilustraciones de antiguos mexicanos que Gemelli hizo grabar para copiarlos en su libro. Es sabido cómo Sigüenza buscaba el contacto con intelectuales extranjeros. De su boca sabemos que se escribía con numerosos personajes de Europa y China y la propia *Libra* fue el producto de su polémica con Eusebio Kino sobre si el Gran Cometa de 1680 tenía o no un sentido ominoso para la humanidad.

La influencia de Sigüenza en Careri parece más importante de lo que dejan ver los dos. Sigüenza habría sido la fuente de la que el viajero sacó muy buena parte de sus informes históricos y sociales de la Nueva España. Los ejemplos abundan. El martes 12 de marzo, atestiguó un motín de indios bajo las ventanas del virrey en Palacio. El virrey pidió el miércoles 13 que se introdujera en la ciudad todo el grano del que se dispusiera, para que no se fuera a repetir el asalto e incendio del palacio en 1692. Aun si Sigüenza no rindió al calabrés el informe del motín, era fama la participación del criollo y el arrojo con que enfrentó el incendio del ala sur del Palacio por salvar lo más que pudo de la biblioteca.²⁴ Como dijimos, de Sigüenza viene la tesis de que el linaje de los indios es el de Neptuno. De él vendría también la historia de las apariciones de la Virgen de Guadalupe al indio Juan Diego, con la que Gemelli adorna su narración de la visita al Tepeyac del 8 de abril.²⁵ Cuando, hacia el final de su

²⁴ Véase, de Sigüenza, *Alboroto y motín de los indios de México*, México, UNAM, 1986.

²⁵ Compárese con la narración, tan distinta, de la Virgen de los Remedios oculta por otro indio bajo un maguey. Las dos historias son viejas, pero la de Guadalupe tiene más peso, lo que, desde luego, no significa que venga de Sigüenza y la de los Remedios no, pues es un momento en que la devoción por la primera cobra impulso y la devoción por la segunda comienza a apagarse, pero sí creo que significa que tiene dos fuentes distintas. Para el caso, véase igualmente la historia del crucifijo milagroso de Santa Teresa (v. 6, p. 111), que también sería, como la historia de la imagen oculta bajo un maguey, obra de un autor devocional cualquiera.

estancia en México, visitó las pirámides de Teotihuacan, explica que ningún estudioso de la historia indiana ha podido averiguar cuándo fueron levantadas, y pasa enseguida a esgrimir como autoridad la opinión de Sigüenza de que “son antiquísimas y poco posteriores al Diluvio”. En efecto, hay una versión mexicana del Diluvio, con sus parejas de animales y un hombre y una mujer salvados de las aguas. Es una historia a la que Gemelli le dedica buena parte del capítulo 3, en el que hace una larga digresión sobre la historia de la fundación de la ciudad y termina con la enumeración de los reyes. La huella de Sigüenza pasa sigilosa por estos renglones.

Sobre todo, a través de los informes proporcionados por Sigüenza, se trasluce el naciente mexicanismo de los criollos y también esa perdurable contradicción entre la admiración por la vieja civilización mexicana y el desprecio por los indios contemporáneos, que Gemelli no acaba de distinguir muy bien entre la masa de la población pobre de México. Así, explica cómo visten los indios modernos: los hombres con tilma y sandalias (“como los franciscanos”) y las mujeres con huipil bajo la “cobija”, que es un “pañó delicado de algodón” más otro sobre la espalda, con el que se cubren la cabeza cuando van a misa. Las faldas son estrechas, con figuras de leones, pájaros y otros, que adornan con plumas del ganso que llaman xilotepec.

Son de tez oscura. Las mujeres se untan yerbas en las mejillas para defenderlas del frío o suavizarlas. Tienen también la costumbre de embarrarse la cabeza con algo que Gemelli llama “lodo líquido”, porque creen que volverá negros y suaves los cabellos. Se ven muchos campesinos embadurnados de esa manera.

La mayoría pobre, formada por negros, mulatos y mestizos,²⁶ no pueden vestir a la española, pero desdeñan los atuendos que usan los indios. Entonces, visten con extravagancia con una como falda que se

²⁶ Es curioso —e ilustrativo— que Gemelli no se dé cuenta de que entre las filas de los pobres no faltan tampoco criollos ni españoles.

cruzan por la espalda o en la cabeza, a modo de manto. Son muy insolentes y muy pagados de su vestimenta, como los españoles. Se llaman “capitán”, aunque no lo sean. Son muchos, sin que haya para equilibrarlos más que una compañía de españoles y pocos artilleros. Son tantos, que se teme si un día no habrán de levantarse y adueñarse del país si no se pone el remedio de no traer más negros.

Mientras que los indios antiguos aplicaban su gran ingenio a las artes mecánicas y liberales, los de hoy se dan a la molicie y las pillerías. Pero si aprenden un oficio, muestran mucha habilidad. Son de natural tímido, pero si se sienten fuertes, son en extremo crueles. Viven sin honor, sobre la tierra y mueren sin miedo. Son ladrones, estafadores y mentirosos, sobre todo los mulatos, que de cien, no se saca uno veraz ni de bien.

Diría que aún hay otra imagen de los indios que los acerca a la idea europea del buen salvaje. Así, además de los sabios indios de la antigüedad y los indios urbanos y semiurbanos del momento, degradados por el alcohol y la molicie, Gemelli se detiene en los que llama chichimecas de Nuevo México, indios de costumbres, por decir así, pintorescas y que todavía no han sido asimilados en la esfera de los europeos, para bien y para mal. Con un tiro de arco atinan a un real o desgranar mazorcas sin romperlas. Les encanta la carne de mula, al grado de que cuando roban a alguien, dejan los baúles de oro y se llevan las bestias. Se pintan el cuerpo como los frailes que van a Belén. En los fuertes repartidos por Nuevo México se apostan soldados, que no matan a los indios, sino que los cazan como fieras, por órdenes del rey, para que los eduquen en el cristianismo, a lo que ellos se niegan y se defienden a punta de flechas y como saben que los refuerzos no llegan pronto, se levantan fácilmente. Los franciscanos se ocupan de la conversión de estos chichimecas, que son más ateos que idólatras.

De las escenas que irrumpen en la crónica del Gemelli, dos me impresionan más. Las dos tienen que ver con la Pasión. La primera es la *ceremonia de la insignia*, que vio en el Arzobispado el 31 de marzo y que llama “curiosa”.²⁷ Ciertamente, no se trata propiamente de una interrupción de la narración, sino de parte del diario, pero tiene un tono tan diferente, que no parece tener cabida en el recuento del viaje.

La ceremonia de la insignia: Trece canónicos, vestidos de mantos negros largos y con capucha, marchan en fila del coro al presbiterio, por en medio de una reja larga. Entendemos que van en el más absoluto silencio. Ahí, en el presbiterio, se arrodillan uno junto al otro. Entonces, el decano toma un estandarte negro que lleva en el centro una cruz roja. Hay que detenernos un momento para imaginar esa mezcla cromática de luto y sangre. Puesto a la mitad de la fila de hombres, rompe el silencio entonando versos de la Pasión. Al mismo tiempo, extiende el estandarte a la derecha, hasta tocar al último canónico de ese lado. Luego, dirige la insignia al altar y después a la izquierda, a tocar al último canónico de ese otro lado. A continuación, ondea el estandarte, se lo pone a la espalda y recorre el presbiterio en recuerdo del paso de Cristo por el pórtico de Pilatos. Los canónicos se levantan, siempre en fila. Con la espalda al altar mayor del presbiterio, hacen uno por uno reverencia profunda y se van al coro, arrastrando su larguísimo luto. El último en salir es el decano, con dos canónicos y el estandarte. Y eso es todo.

La otra escena ocurrió unos días antes, el 15 de marzo. Por ser tercer viernes del mes, salió del Hospital Real una procesión en memoria de la Pasión. Es imprescindible —dice Gemelli— que no deje de hacerse esta procesión, pues lo exige una cédula real. Encabezaban la procesión más de 100 cofrades, en hábito de penitencia. Detrás venían los nobles y después más penitentes. Cerraba la marcha una compañía de soldados que iban vestidos de negro y con celada, arrastrando las picas. En medio

²⁷ *Giro del Mondo*, v. 6, pp. 97-98.

de ellos, uno a caballo llevaba en un asta una túnica, como símbolo de Cristo.²⁸

No le faltaban procesiones a esta ciudad. Con 22 conventos y 29 monasterios, todos con su iglesia, más otros templos y numerosos gremios y cofradías, sobraban las oportunidades de salir en procesión y ostentarse a guisa de algo, según dictara la fecha. Sin embargo, en esta procesión real había “poquísimos músicos”. No los grupos acostumbrados, pero tampoco el silencio que cabría esperar de una conmemoración de la Pasión, sino “poquísimos músicos”, que deben haber tocado una música tristísima.

No deja Gemelli de tener sus misterios. Los curiosos que se han acercado al personaje repiten los datos que da el propio viajero a lo largo de su obra.²⁹ Así, sabemos que nació en Ravisena, reino de Nápoles, en 1651, por lo que era súbdito del Imperio español. Se educó con los jesuitas y se doctoró en derecho civil. A lo que parece, la falta de contactos de su familia, que no pertenecía a la aristocracia, no le permitió avanzar cuanto quería en la carrera judicial, por lo que, en 1685, emprendió un viaje por Europa. Ese viaje debe haber marcado un hito en su vida. Probó la suerte del comerciante viajero y del soldado, en el cerco de Buda.

Haya resultado herido o no, regresó a Nápoles con la intención de volver a colocarse en los trabajos judiciales, empresa en la cual fracasó o bien no obtuvo todo cuanto quería. Comienza a perfilarse la silueta de un hombre, joven por entonces, deseoso de llenar de fama su nombre. Reemprendió la vida

²⁸ *Ibid.*, pp. 84-85

²⁹ La más completa biografía de Gemelli Careri que conozco es la de Francisca Perujo, “Estudio preliminar: Vida” en Giovanni Francesco Gemelli Careri, *Viaje a la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. xiiss. El estudio de Perujo es su tesis doctoral. La Doctora Perujo espigó los informes que rinde sobre la vida del napolitano en los seis volúmenes del *Giro* y en las cartas que lo acompañan.

del soldado y recorrió Europa, en el ámbito de influencia de las guerras con los turcos. Entre tanto, fue recabando cartas de recomendación por sus servicios, firmadas por altos personajes de la vida pública europea. Había tenido la idea de obtener un cargo vitalicio en su Italia, concedido por el rey de España. En la persecución de este fin, se trasladó a Madrid. Todos sus empeños no le valieron un puesto definitivo, sino apenas un cargo como auditor para dos bienios. Ya podemos imaginar la decepción del joven abogado y el golpe para su orgullo. Pero es posible que no haya tenido los méritos suficientes, aparte de que parece que tenía enemigos y aun perseguidores, como se quejaba ante el virrey de Nápoles respecto del trato recibido por un “ministro malintencionado” en el Consejo de Italia.³⁰

Entre tanto, se decidió a concretar sus proyectos como escritor viajero. Publicó en 1689 una *Relación de la campaña de Hungría* y en 1693 una crónica general de sus *Viajes por Europa*. Pero un mero recorrido por Europa no daba materia suficiente para interesar a los lectores. Gemelli Careri concibió entonces la idea de darle la vuelta al mundo. Perujo habla de dos procesos judiciales, aunque no puede aportar mayores datos.³¹ Esta época de estrecheces y malquerencias habría estimulado esa idea, en la que probablemente encontraría varias ventajas: se alejaría de un ambiente enrarecido en Italia, seguiría acumulando “méritos” en vistas a asegurarse la vida con un

³⁰ Francisca Perujo, *op. cit.*, p. XXII. El lector interesado hará bien en consultar todo el Estudio, meticoloso y dedicado.

³¹ *Loc cit.*

puesto público, obtendría algunas ganancias³² y satisfaría una viva curiosidad. Todo esto lo pondría entre las filas de los poderosos.

Le propuso el plan a varios amigos suyos y después de esperar en vano, salió solo y por su cuenta de Nápoles. Inició su viaje en junio de 1693 y su primera escala fue Egipto, todavía en la periferia de Europa. Se sucedieron las etapas, cada una con sus dificultades, que Gemelli sorteó con ingenio y que le fueron dando una visión del mundo escéptica, en la que no dejan de asomarse unas puntas de socarronería. Malta, Grecia, Troya, Constantinopla.

Por lo menos en dos ocasiones fue tomado por agente del extranjero: en el astillero de Constantinopla lo acusaron de ser espía de Occidente y fue a dar a la cárcel; y en China, los misioneros jesuitas, enfrascados en perpetuas disputas de poder, lo tomaron sin más por oreja del Vaticano. La facilidad con que se abría él solo puertas grandes hace preguntarse si acaso no cultivaba cierto aire de misterio.

Ya en Asia, recorrió lugares de Turquía, Armenia, Persia, el Indostán, los dominios del Gran Mongol, China y Manila. Gemelli hace patente en el *Giro* que el mundo de sus días estaba lleno de problemas políticos, de las minúsculas reyertas de un puñado de misioneros perdidos en la inmensa China, a las sangrientas luchas de sucesión en el subcontinente hindú, la

³² “Algunas”, y no tantas cuanto aguardaban a los comerciantes viajeros capaces de aventurarse a tierras lejanas, pues, como explica Gemelli en las primeras líneas de su obra, el amor por las ganancias no ha de ser tal que se olvide que el objetivo del viaje es el conocimiento del mundo y el placer de contemplar sus bellezas. I, 1, pp. 1-2.

presión de los otomanos contra Europa o la escasez apremiante de granos en la Nueva España. En estas tensiones es común un componente étnico, una desconfianza racial profunda y asumida por todos. Gemelli, en la medida de las proporciones que le marcan su tiempo y su constitución psicológica y moral, parecería uno de los primeros hombres capaces de desapegarse de estas afecciones, no al modo del asceta ni del santo, sino como un escéptico que no espera más de lo que cabe esperar de cada quien y también a la manera vulgar del que cree que sus asuntos son los únicos que de verdad importan.

Gemelli explica el método con el que financió su viaje en la forma de recomendaciones a quien quiera emprender un viaje prolongado: es un sistema doble que consistía, en primer lugar, en comprar aquello que mejor podía venderse en la siguiente etapa. En el primer capítulo del primer libro del volumen sexto, el que dedica a la Nueva España, se ocupa en particular de estos temas.³³ En Nueva España se venden brocados de seda china y telas blancas y de colores. La porcelana y los abanicos estorban y se rompen, así que no hay que guardarlos para Europa, sino colocarlos en México, reservando apenas algo para obsequiar a los amigos. Las perlas de Oriente se venden y con el producto se compran otras perlas, más grandes pero de menor calidad, que se venden a gente de condición mediana.

También hay que comprar y llevar a Europa esmeraldas, plata y oro (escondiendo bien estos metales para no pagar los derechos que se les imponen), grana cochinilla, palo de Campeche y añil, cacao, conchas y madreperlas; quinina y búcaros de Guadalajara.

Además, como actividad secundaria, convenía hacerse de algún instrumental médico y aprender un surtido de procedimientos prácticos, de

³³ En general, estas recomendaciones aparecen en un lugar predominante e inicial en toda la obra del italiano.

los cuales el viajero podría valerse en un momento de apuro, siempre con la ventaja que le daba no quedarse demasiado tiempo en el mismo lugar.

Gemelli Careri no era un rico aristócrata, pero llevaba dinero al comienzo de la monetización de la economía mundial. Dice Braudel de Francesco Carletti y de Gemelli que “le dieron la vuelta al mundo con una bolsa de piezas de ocho y plata y con fardos de mercancía selecta, y además, regresaron”,³⁴ a diferencia de los exploradores del xv y el xvi que eran viajeros de otro cuño y que tenían otra mentalidad.

* * *

En Nueva España, Gemelli fue también un observador de la actividad económica. La propia referencia al motín de los indios de 1692 de la que hablamos arriba tendría su ángulo económico. Asimismo, se dio cuenta de la escasez del circulante y anotó cómo en el mercado se usaban todavía granos de cacao para comprar frutas y verduras, tomándose a 60 - 80 por real, según su precio en el mismo mercado.³⁵ Visitó las minas de Pachuca, de las que dejó un relato pormenorizado en el que se refleja su interés.

La feracidad del clima del altiplano dirige la mirada de Gemelli a las actividades agrícolas de los monasterios. El huerto más notable es el de los carmelitas descalzos, en el Colegio de San Ángel, y allá fue el 21 de marzo. El colegio es tan grande que el capítulo provincial se celebra ahí desde hacía 108 años. Tiene dos iglesias, la mayor arriba y la menor abajo. El huerto, aunque no pasa de tres cuartos de legua cuadrada española, es recorrido por un río que lo hace tan fértil que los árboles europeos rinden a los frailes 13,000 piezas de ocho al año. Se encuentran 40 especies de peras y variedades de manzanas, duraznos. En cambio, hay pocas nueces. El arzobispado quería el diezmo de los frutos, pero los carmelitas decían que eran para uso del convento y lo negaron. El rey envió un auditor que inventariara los árboles y contó 13,000.

³⁴ Ferdinand Braudel, *op. cit.*, p. 439.

³⁵ *Giro del Mondo*, v. 6, pp. 34-35.

Lo mismo pasa con el hospicio de San Jacinto, de misioneros dominicos de Manila, y con el de San Joaquín, de teresianos. Las clarisas elaboran pastillas de olor famosas.

A Gemelli le interesa mucho la minería de la plata y se alarga en la explicación de su extracción y procesamiento. Dedicó el final del libro primero y todo el comienzo del libro segundo a extenderse en estos temas. Llega, naturalmente, a la acuñación de la moneda. Por eso, pese a la opinión en contra de sus amigos, Gemelli insistió en bajar a las minas de Pachuca y ahí pasó el peor miedo de sus cinco años de viaje entre naciones bárbaras.³⁶ Bajó 50 estadios (unos 165 metros), permaneció dos horas en el aire insalubre y el ambiente oscuro. Ahí “regaló” a los indios para que le entregaran mineral. La subida y bajada de las minas se hacía por medio de unos maderos gruesos y rectos que tenía muescas donde se colocaban los pies. Había siempre la posibilidad de poner mal un pie, cosa que llegaba a ocurrir a los indios, que se desplomaban a la muerte oscura cargados de una plata que no era ni podía ser suya.

La obra de Gemelli plantea un problema de veracidad que ha evolucionado al paso del tiempo. La vuelta al mundo del napolitano había sido puesta en tela de juicio como una farsa maquinada por un europeo que jamás había salido de Europa. Lo dilatado de la empresa y los constantes errores geográficos que comete habrán abonado esa opinión, pues aunque Gemelli dice que escribía constantemente en su cuaderno de viaje, es inevitable pensar que muchas veces reconstruía de memoria sus jornadas.

En México, Beristáin de Sousa respinga con un dejo nacionalista: “No sé qué empeño han tenido los extranjeros en decir que Gemelli fue un viajero fingido”.³⁷ Se refería en particular a William Robertson³⁸ y a Adam

³⁶ *Ibid.*, pp. 132-133.

³⁷ Citado en Margarita García Luna y José N. Iturriaga, *Viajeros extranjeros en el Estado de México*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1999, p. 109.

³⁸ *History of America*. “[I]t seems now to be a received opinion (founded I know not on what evidence) that Careri was never out of Italy, and that his famous *Giro del Mondo* is an account of a fictitious voyage” [Parece opinión arraigada (fundada en no sé qué pruebas) que Careri nunca salió de Italia y que su famoso *Giro del Mondo* es la narración de un viaje ficticio] Londres, Strahan, 1800, nota LIV.

Smith,³⁹ pero si se localizan y se leen las citas exactas, en realidad no parece que estos autores postulen la falsedad del *Giro*. Si nos apegamos a la letra, lo que hacen es recoger una opinión de falsedad que, eso sí, parece haber sido muy generalizada.

Al disiparse las dudas sobre la visita del italiano, la atención pasó a la veracidad de sus informes sobre las antigüedades mexicanas. Es un capítulo sumamente interesante de la historia intelectual de nuestro país, que merecería un estudio aparte. Como vimos, Gemelli recoge con Sigüenza ilustraciones e informes sobre las antigüedades mexicanas y, al mismo tiempo, se lleva una interpretación, la del propio Sigüenza, erudito de la materia y criollo de piel muy delgada.

Según explica la Dra. Perujo,⁴⁰ esta apropiación de material histórico de otro autor es una constante de la obra completa. Hay un designio de “componer” una obra para el gran público que no sea un mero diario de viaje. Sin embargo, este designio, que sin duda costó muchos desvelos a varias personas, acabó por ir en contra del *Giro*, pues de la confusión de las fuentes era fácil pasar a la falsa atribución de los hechos. Es natural preguntarse si Gemelli realmente visitó al Gran Mongol, si lo perdonó el capitán armero de Constantinopla, si tomó y gobernó la brújula que no sabía manejar un piloto hindú, si cruzó montañas heladas de Asia, si lo recibió sin más el virrey de Moctezuma.

Para volver a la Nueva España, años después, ya en el siglo XVIII, Mariano Fernández de Echeverría y Veytia y Lorenzo Boturini retoman convencidos la postura de Sigüenza de asimilar Quetzalcóatl al apóstol Santo Tomás, a modo de explicar las semejanzas entre el rito católico y las religiones indígenas que veían por todas partes los evangelizadores.⁴¹ Más aún, el propio Sigüenza, que tiene una idea providencialista de la historia,

³⁹ *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, Chicago, Benton, 1952, pp. 244-245 [Careri, a pretended traveller, it is said, indeed, but who seems everywhere to have written upon extremely good information” (Se dice que Careri es un viajero supuesto, en efecto, pero toda su obra parece haber sido escrita con muy buena información)]. Citado en Perujo, *op. cit.* La traducción es mía.

⁴⁰ *Op. cit.*, p. XLIXss.

⁴¹ David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, trad. de Soledad Loaeza, México, Era, 2a. ed., ampliada, 1988, p. 27.

asignaba a la llegada de Cortés una fecha simbólica en el calendario náhuatl, la fecha ritual en que debía volver de Oriente el dios barbado Quetzalcóatl.⁴²

Echeverría y Veytia, receloso de las fuentes coloniales en materia de antigüedades, observa las ilustraciones que incluye Gemelli en el volumen sexto del *Giro* y las objeta en dos sentidos. En primer lugar, el italiano toma por mexicas a reyes que, bien vistos, son tezcocanos. La segunda objeción es más polémica y tiene que ver con la rueda calendárica que aparece en el mismo libro y que estaría copiada de una que le entregó Sigüenza a Gemelli, con los ciclos de 52 años por siglo y 18 meses por año. Veytia y Boturini tienen opiniones divergentes sobre la corrección de la rueda,⁴³ pero ninguno piensa que la interpretación de Sigüenza haya sido errónea. Ambos ubican la falta de confiabilidad en la recepción de Gemelli, que capta mal y altera las complejidades y sutilezas de una materia en la que no hubiera podido penetrar, según Veytia, en su carácter de “doble” extranjero (de la lengua española y de la cultura náhuatl) y por el poco tiempo que pasó en México.

Es curioso cómo hemos perdido de vista que estamos rodeados de agua. Desecar la laguna ha tenido efectos también en nuestra manera de imaginarnos. Algo más que enseña la visita de Gemelli es nuestro carácter hídrico, el hecho de que somos hijos de Neptuno. Para llegar a la Nueva España, Gemelli tuvo que cruzar la mayor masa de agua del planeta en un galeón sobre el que cayeron tempestades, y al dejarnos, atravesó otro océano. Cruzó el Balsas y subió al altiplano bajo la lluvia y entró en la ciudad de México empapado, por una calzada en terraplén, con las aguas de la laguna a los lados. Vivió hasta octubre del año de 1697 en la “mexicana laguna” y advertía a los fuereños que hicieran sus negocios temprano, a no ser que quisieran bañarse. Vimos arriba que las lluvias calman el calor y de pronto regalan una tercera cosecha a los campesinos.

⁴² *Piedad Heroica de Don Fernando Cortés*, Madrid, José Porrúa, 1960.

⁴³ Esta diferencia es una investigación distinta, que puede empezar a seguirse en Jorge Cañizares-Esguerra, *How to write the history of the New World*, Stanford, Stanford University Press, 2002, pp. 227-230.

A veces cae una tromba, como la tarde el viernes 29 de marzo, cuando hubo truenos, granizo y mucha lluvia, o peor aún, el 12 de mayo, cuando el torrente arrastró a un hombre y su esclavo. Una tragedia el 7 de julio: la tromba se llevó una carroza con tres esclavos y dos doncellas “principales de México”.⁴⁴

El agua llega por los ríos a la laguna y aun las fuentes de Santa Fe son visibles y esa agua es la que prefiere la gente para beber, antes que la de Belén, que es pesada.

Era natural que esta humedad constante hiciera aparecer el problema del desagüe. Gemelli narra la historia de las inundaciones de la ciudad y los empeños por desaguar la laguna o, al menos, contener las aguas. Las obras de ingeniería habían sido enormes, sobre todo a lo largo de ese siglo XVII, pero como dice el italiano, era más lo que faltaba, que lo que se había hecho. El costo de trasladar la ciudad a otro lado hubiera sido irremontable. Los indios trabajadores eran muy numerosos y, en ocasiones, en el trance de desalojar rocas para abrir el desagüe, ellos mismos se iban con las aguas, unidos a las piedras, como los muertos que iba dejando el *San José* en el viaje por el Pacífico.

* * *

Con todo, fue un día seco el jueves 10 de octubre, cuando Gemelli abandonó la ciudad de México, con rumbo a Veracruz. Volvemos a encontrar los nombres que perduran hasta nuestros días. Puebla, ciudad de españoles, con calles cumplidas, rectas y secas, a diferencia de las fangosas y malolientes de México. Cholua, Orizaba, Córdoba, San Lorenzo de los Negros y, por fin, el domingo 27 de octubre, Veracruz, una ciudad arenosa y estéril, que, por la lejanía de la que vienen los víveres, es cara.

Pese a las grandes prisas que siente ya Gemelli por volver a Europa, todavía detiene a su lector con una demorada historia de la conquista de la Nueva España, abrevada en Gómara, y que comienza *ab ovo*, con Colón.

⁴⁴ *Giro del Mondo*, V. 6, p. 218.

Antes de irse del continente, para no dejar nada en el tintero, redacta un capítulo completo sobre la historia de Perú.

Ya no hay mucho más para él en la Nueva España. Visita las iglesias, sale de cacería y espera impaciente la nave de aviso que lo lleve a La Habana para unirse a la flota de Cádiz. Pero no faltaron las últimas contrariedades: el 9 de diciembre murió el almirante de la flota. El 11, a vísperas de lanzarse al Golfo, Gemelli fue presa de una fiebre intensa, “la primera que experimenté en cinco años de peregrinaje”.⁴⁵ Por último, le robaron una mula.

El día 13 de diciembre, afiebrado y sin querer decirlo a nadie, atestiguó el funeral del almirante: dos compañías con las armas dispuestas, un caballo, un esclavo y el cuerpo, llevado por capitanes. Detrás, el grupo de los oficiales, en atuendo de luto. No hubiera sido mal término para su estancia en la Nueva España, pero sus últimas palabras no son para esta grave solemnidad, sino para los diestros ladrones que se las arreglaron para sacarle la mula del establo real.

Gemelli se embarcó en Veracruz con rumbo a la Habana el sábado 14 de diciembre de 1697 en un pequeño barco, el *Sevillano*, que iba a unirse a la flota de Cádiz. Podríamos haberlo seguido por el Atlántico hasta ese puerto, por donde entró al continente, pero lo mejor es verlo seguir adelante, siempre librado a sus propios medios, pues no nos necesita. Después de Cádiz, estuvo en Madrid y Sevilla, recorrió el sur de Francia y pasó varias ciudades de Italia sin dejar de hablar, de comerciar, de observar, hasta que llegó finalmente a Nápoles el 3 de diciembre de 1698, día de San Francisco Javier, protector de los viajeros,⁴⁶ después de cinco años, cinco meses y 20 días. Sus amigos salieron a las puertas de la ciudad a recibirlo. Fiel a sí mismo, la última parte de su obra es una descripción de Nápoles. El cansancio de escribir *Il Giro del Mondo*, nos dice con un último guiño, no fue menor al cansancio del propio viaje.

⁴⁵ *Giro del Mondo*, V. 6, p. 288

⁴⁶ También “apóstol de las Indias”. *Giro del Mondo*, V. 6, p. 471.

Completada la vuelta al mundo, se ocupó la década siguiente en cerrar el círculo de sus ambiciones. Viajó por Europa como lo había hecho antes de 1693, en busca de unos honores demasiado breves para la vara con que se medía. Por fin, a lo que parece, su alma se apaciguó y se resignó a la celebridad pequeña pero sin duda acogedora de su Calabria natal, un pequeño punto en el mapa del mundo.

Ojalá —pienso— que Gemelli Careri haya hecho las paces consigo mismo. Difícilmente sabremos si este trotamundos también fue un espía, un embustero, un maquinador; tal vez no era sino otro hombre cualquiera, ávido de fama como tantos de su tiempo. Pero nosotros, hijos de Neptuno, que escondemos en el corazón la intranquilidad de las aguas, supimos desde el principio que fue un aventurero por cuyas manos tuvieron que haber pasado fortunas, que se fraguó la llave de tantas puertas grandes y que se metió en quién sabe qué elevadas alcobas sin poder quedarse en ninguna, porque lo que buscaba